

La voz del Señor

(A las alumnas de la ESCUELA NORMAL DE COSTA RICA).

HABÉIS oído alguna vez la voz del Señor?

Yo iba por uno de los largos y sombríos corredores de la vida, y de pronto, de lo más íntimo, de lo más hondo, salió una voz dulcemente imperiosa que me transformó la vida y puso alas a mi espíritu. Era la voz del señor. Del Señor todo misericordia y todo amor. Me habló por medio del dolor al ponerme en contacto con las páginas de Hellen Keller, a quien las manos de Miss Sullivan revelaron todas las bellezas de este mundo. Miss Sullivan es la admirable mujer que consagró toda su vida al servicio de quien hoy ayuda a centenares de niños ciegos y sordo-mudos, y de hombres ciegos, porque teniendo ojos no han visto jamás su camino, y de mujeres ciegas, que sin la ayuda de Hellen Keller habrían caído en la más espantosa de todas las miserias humanas.

Miss Sullivan sintió a Dios y lo amó al escribir en la mano de Hellen la palabra *bebé*, cuando al ingresar a la escuela de sordo-mudos puso en los brazos de la rubia ciega una linda muñeca.

La niña sintió los movimientos y procuró repetirlos aunque no tenía la más vaga idea de su significado. Poco a poco aprendió a escribir palabras breves y por fin un día se produjo súbitamente la ansiada comprensión.

¡Fué el día de los días! El día feliz en que Hellen Keller, siendo aun muy niña, sordo-muda y ciega, estableció la diferencia entre *cubo* y *agua*. Palabras que para ella habían tenido hasta entonces el mismo significado.

Miss Sullivan llevó la pequeña hasta el pozo, sacó ella misma un cubo lleno de agua e hizo que su joven discípula lo sostuviese sobre el brocal y cuando Hellen sintió el frío del agua, la profesora escribió rápidamente la palabra *agua*. La niña soltó el cubo y por primera vez comprendió que cada cosa tenía su nombre especial. Para la ciega sordo-muda se había hecho la luz. Las manos de Miss Sullivan operaron el milagro. Hellen no nació ciega. Cuando era niña se la habría creído un rayo vivísimo del sol, sus bucles de oro hacían pensar en los trigales de Nebraska y tenía en los ojos encendidos un destello divino. Era toda una promesa, era la esperanza de su familia y la alegría de los niños de la vecindad. Un día faltó a la ronda. Esta-

ba postrada por la fiebre maligna que despiadadamente le quitó todas sus fuerzas, le arrancó a pedazos el cabello, se bebió su sangre como si hubiera sido un miserable vampiro, le robó la luz de sus ojos y le paralizó la lengua, y como si esto fuera poco, la miserable le cerró para siempre los oídos. Cuando Helena abandonó el lecho no había



HELLEN KELLER

para ella noche ni día. La rodeaba el misterio. No podría contemplar nunca más las estrellas que ella amaba tanto, ni podría ver jamás las moneditas del sol debajo de las matas del jardín, ni oír el canto de los petirrojos, que son para los chiquitos del Tío Sam lo que para los nuestros son los yigüirros. De aquella época de su existencia son estas palabras:

«Sólo el vacío por doquier hallaba, sin noción de lugar, espacio y tiempo».

De esta noche que parecía interminable, de esta horrible soledad la sacó Miss Sullivan a la edad de 10 años. Helena no ha visto nunca el rostro de su maestra, pero gracias al sistema Braile usado por la admirable profesora no sólo aprendió a leer y a escribir en inglés, sino que hoy domina

completamente la lengua alemana y la lengua francesa.

Bendita la hora en que Miss Sullivan oyó la voz del Señor y amó a Hellen Keller, hoy autora de libros en prosa y en verso en los Estados Unidos. Ciega y sorda, ha visto la luz que no vemos los que tenemos los ojos del cuerpo y somos ciegos. Hellen es vidente y gracias a las manos de Miss Sullivan es una fuerza dinámica en la gran nación del Norte.

Ni los ciegos, ni los sordos, ni los delincuentes están perdidos porque,

«Hasta la estéril y deforme roca es manantial cuando Moisés la toca».

Nadie está perdido para siempre: pero hay centenares de criaturas, de mujeres y de hombres que están en espera de una mano misericordiosa.

Nadie puede estar perdido si le sale al encuentro una Miss Sullivan.

Habéis oído la voz de Dios? ¿Si no lo conocéis, si no lo amáis, pensad en este solemne momento en la miseria de la humanidad, en los rostros bellos que se han tornado en caras deformes, en los cuerpos que ha paralizado el alcohol y las manos que manchó el crimen. Oíd la voz del Señor que ruega y que implora para que sus hijos no se deformen más; para que se libren de todos los males. El Señor pide que se ame a los niños y que se les proteja.

Pensad en los niños ciegos de espíritu que se envilecen en la Penitenciaría de San José.

¿Habrán en la escuela Normal de Costa Rica una Miss Sullivan? ¿Una mujer capaz de elevar un proyecto al Congreso pidiendo que nos den la cantidad de dinero necesario para sacar de la Penitenciaría a los menores de

edad, para ponerlos en una escuela donde aprendan a orientar sus vidas?

El Señor nos dió las manos para bendecir, para acariciar y para absolver.

Oíd lo que dice Hellen Keller: «Todo lo que me mueve, todo lo que penetra en mi alma, produce en mí el efecto de una mano que me tocara en las tinieblas y este tacto es mi realidad. He crecido y me he desarrollado por medio del tacto. Los suaves pétalos de la violeta, ondeantes en los fríos pliegues de las hojas, o levantándose suavemente en la hierba de la pradera; el claro y firme perfil del rostro amado; el suave arco del cuello de un caballo y el aterciopelado tacto de la nariz... Todas estas y mil combinaciones que de ellas resultan y toman forma en mi